



Uno de los dos autores de esta sección, tuvo la lamentable sorpresa de escuchar, en el transcurso de un evento científico, a uno de los participantes en el mismo cuando afirmó, en su intervención, que «... *el amor es un componente importante de la sexualidad*» (sic.) Semejante afirmación sólo constituye un ejemplo aislado de la prioridad absoluta que se concede al aspecto puramente biológico de esta importante cuestión y que llega al extremo de invertir el orden de estos dos factores. Semejante reduccionismo, penosamente muy extendido, ha impedido incluso la adecuada formación de los adolescentes para una correcta sexualidad. Y, sin embargo, es muy importante comprender el papel que ésta debe jugar en nuestra vida de amor y, por tanto, en nuestro desarrollo personal. Para aclarar esto, es imprescindible una buena formación; es decir, un conocimiento de lo que es nuestra realidad personal, con todos sus componentes: el biológico, el psicológico y el espiritual. No basta, por tanto, tener cierta información acerca de los mecanismos biológicos que pone en juego la sexualidad; es necesario preparar a la persona, desde la infancia, para otorgar a las sucesivas manifestaciones de la misma su verdadero sentido y convertirlas en fuente de felicidad auténtica, evitando que se limite a la mera satisfacción de un instinto.

La sexualidad es una manera de ser de la persona entera, que se caracteriza desde lo más profundo hasta lo más externo de su ser. No sólo tiene sexo, sino que se siente y se sabe totalmente sexuado. Y para realizarse totalmente como persona, hay que tener en cuenta el hecho de ser varón o hembra. De aquí se desprende que la sexualidad posee un valor y un sentido humano: no reside solamente en las diferencias somáticas ni en los roles sociales que desempeñan el hombre y la mujer, por mucha importancia que tengan estas situaciones; mucho menos como un puro instinto animal o un simple instrumento de reproducción de la especie. El significado de la existencia sexuada entra en el orden de las relaciones interpersonales; es decir, de la reciprocidad del encuentro interhumano. La sexualidad, desde este punto de vista esencialmente personalista, nos dice que el hombre entero no es uno, sino dos, en participación y reciprocidad mutuas. Por ello, la estructura varón-hembra es la que con más perfección expresa la naturaleza interpersonal del hombre y, al mismo tiempo, es un camino natural para realizarla. Es una experiencia que hay que vivir humanamente, integrándola en una relación digna de la persona, en la que no puede faltar el respeto ni el amor mutuo; y para que así sea, debe pasar por un aprendizaje bien gestionado, que haga madurar esta dimensión que se nos da al nacer, pero que se encomienda a nuestra responsabilidad, que no es otra que la de realizarnos integralmente.

La falta de una formación adecuada conduce a confusiones tales como la de llegar a la conclusión de que el amor verdadero es imposible. Semejante convicción hace que muchos jóvenes rehuyan el matrimonio por temor a que esa unión sea efímera o, por el contrario, ven esto como una simple ceremonia en la que se rivaliza en fastuosidad con el único objetivo de satisfacer la vanidad de los contrayentes o de sus familiares, sin conceder importancia al futuro de esa unión, como si careciera de esta.

Con mucha frecuencia, se suele considerar a las relaciones pre-matrimoniales como una supuesta garantía para la perdurabilidad del amor, cuando en realidad a menudo significa todo lo contrario: reducción del mismo a mera pasión, la cual es efímera por naturaleza, al estar sujeta a factores

biológicos y psicológicos cambiantes.

La única garantía de que el amor perdure es que sea auténtico; es decir, que posea la debida calidad. Es decir, asumirlo en toda su riqueza: atracción mutua, amistad, creación de un verdadero hogar, donación de vida a nuevos seres. Ese es el amor que se dirige, no a una o varias cualidades del otro(a), sino a toda su persona y que compromete la propia vida personal.

La comunicación más plena que se consigue es el amor, como señaló Feuerbach¹. Pero este término ha sido tan manipulado y es tan complejo, que requiere una aclaración para dejar claro qué entendemos cómo tal.

Una primera aproximación nos muestra el amor erótico, es decir, el atractivo instintivo que un hombre puede sentir por una mujer, o viceversa. Este amor es posesivo y excluyente: él quiere poseerla a ella y ella a él. Recordemos a manera de ejemplo la obra «El túnel», de Ernesto

Amarse no significa contemplarse el uno al otro, sino contemplar la vida juntos, uno al lado del otro.

Sábato: Castel parece amar de verdad a María; pero si se analiza con rigor la situación, se puede llegar a la conclusión de que sólo desea poseerla, dominarla, sacar provecho de su existencia y su sensibilidad artística para su propia vida de hombre solitario e incomprendido. Esto no quiere decir que siempre esta modalidad (o esta fase) del amor sea necesariamente mala; ello depende de que se pueda pasar o no a la fase siguiente. En cualquier caso, es insuficiente como amor verdaderamente humano, ya que muchos animales experimentan ese atractivo que nace del instinto. Desgraciadamente, con mucha frecuencia, en nuestras sociedades, cuando se habla de amor se entiende sólo así, reduciéndolo a simple atractivo para el instinto (es el caso del ejemplo ofrecido al inicio de este artículo).

Hay un segundo y más alto escalón: una intercomunicación gratuita y abierta, no posesiva, en la que hay un interés mutuo por los problemas, éxitos o sufrimientos del otro(a) y que, a su vez, constituye un descanso psicológico. Esta segunda fase se identifica también con el concepto de amistad, si ésta es sincera.

El tercer nivel es el de la donación de sí mismo; el de la ayuda generosa, servicio desinteresado y ofrenda gratuita para el bien del otro(a). Esta actitud exige frecuentemente el sacrificio de intereses propios, porque antepone a ellos el bien y la ayuda al otro(a) y a la unión que ambos forman. Curiosamente, este amor tiene la propiedad de que, cuanto más da la persona, más realizada se encuentra ella misma. Esta es una realidad perfectamente verificable por la experiencia y, además, es la que, cuando es mutua, hace la unión conyugal imperecedera «hasta que la muerte nos separe». Esta forma de amor es la más humana y humanizadora, porque además, es un acto de libertad. La primera a que se ha hecho referencia no es libre, por el mismo hecho de ser instintiva; se puede experimentar o no; aparece y desaparece sin intervención de la libertad. La segunda se puede cultivar, pero nunca imponer. En cambio, la tercera siempre está en manos de la persona, porque somos libres para realizar actos de amor que sean donación y servicio; por eso constituye la relación más pro-



funda y fecunda que puede existir entre las personas.

Al principio se había formulado la pregunta acerca de si existe alguna garantía de que el amor pueda perdurar a lo largo del tiempo, en circunstancias –internas o externas- que pueden diferir notablemente de las que existían el día de la boda. En consonancia con lo hasta aquí expuesto, la respuesta es: El amor puede perdurar e incluso incentivarse, si los cónyuges adoptan una actitud de generosidad y donación mutua, que dé vida a la relación de encuentro, porque lo decisivo es la actitud que se adopta respecto de la persona a la que decimos amar. El que inicia una relación amorosa debe preguntarse siempre seriamente qué es lo que intenta con ella; de esta opción dependerá el futuro de ambos. La clave de orientación es ésta: Lo decisivo no es hasta dónde se puede llegar, sino de dónde hay que partir. Y hay que decir que, lamentablemente, la pregunta casi siempre se formula al revés. Si es que se formula.

En resumen, la relación amorosa entre el hombre y la mujer, puede ser una fuente de enriquecimiento personal o de degradación; todo depende del punto de vista y de la actitud que se asuma. De la premisa ontológica (el hombre es persona y, como tal, tiene dignidad de sujeto y valor de fin en sí mismo), se deriva una premisa ética: **todos** los seres humanos y **todo** el ser humano (cuerpo, psiquis y espíritu), merecen igual consideración y respeto. Y salir a la calle con un preservativo en el bolsillo «en nombre del sexo seguro», no es la mejor forma de mostrar esa consideración y ese respeto, ni al otro(a) ni a sí mismo(a).

* Licenciada en Pedagogía. Tutora-correctora del Instituto de Teología a Distancia Félix Varela. Asesora Pedagógica del Centro Juan Pablo II y Jefa de la Cátedra de Pensamiento y Creatividad Alfonso López Quintás.

¹ «Solamente es algo quien ama algo; no ser nada es idéntico a no amar nada. Cuanto más es uno, tanto más ama y viceversa» Feuerbach, L: *Samtliche Werke*, Ed. Bolin-Jodl, Stuttgart, 1959, II, 299.